



VIAJE AL INFIERNO

ALICIA VACAS Y AZEZET HABTEZGHI. Misioneras Combonianas en Betania (Palestina).

Descargas eléctricas en todo el cuerpo, quemaduras con barras de hierro al rojo, aislamiento, violaciones sistémicas y muerte en barracas abarrotadas. Durante los últimos meses, la tragedia humana que acontece, silenciosa, en la frontera entre Israel y Egipto (península del Sinaí), se presenta con toda su crudeza en la Clínica Abierta de los Médicos por los Derechos Humanos en Tel Aviv. Los testimonios atroces de los refugiados que llaman a sus puertas en condiciones extremas, confirman la presencia de numerosos campos de detención y tortura dedicados al tráfico de seres humanos. La situación en estos campos supera con creces las escenas más espeluznantes de ciencia-ficción: muchas víctimas describen las torturas sistemáticas sufridas durante su éxodo; aproximadamente la mitad de las mujeres son violadas y centenares se ven obligadas a abortar. Las organizaciones de derechos humanos israelíes e internacionales llevan meses denunciando la magnitud de este desastre humanitario, con tentáculos en numerosos países, también europeos.

Nos encontramos de nuevo, en pleno siglo XXI, con la antigua lacra de la esclavitud, abolida en el año 1833.

Descrito en las guías de viaje como un paraíso turístico, la península del Sinaí se ha convertido en un verdadero infierno para millares de inmigrantes africanos. Gracias a los enérgicos esfuerzos de organizaciones israelíes e internacionales, el alcance de las atrocidades que están ocurriendo en la frontera entre Egipto e Israel es cada vez más claro. La situación parece agravarse con el paso del tiempo: mientras lee estas líneas, en algún lugar de su éxodo hacia Israel centenares de africanos están retenidos en condiciones de esclavitud, torturados, violados y extorsionados, en ocasiones hasta la muerte.

Durante este viaje, eritreos, etíopes y sudaneses son reclutados o secuestrados por los traficantes y reclusos en campos construidos en el desierto del Sinaí con este propósito, donde sufren extorsiones y les obligan a pagar sumas exorbitantes. Para obligarles a convencer a sus familias a reunir el dinero necesario para su rescate, se les tortura cruelmente, a menudo en público. La mayor parte de las mujeres sufren violaciones sistemáticas durante el

tiempo de su reclusión. Cuando finalmente consiguen atravesar la suspirada frontera, muchos de ellos han dejado atrás los últimos jirones de su dignidad.

Las delegaciones israelíes del Comité Internacional de la Cruz Roja (ICRC) y del Alto Comisariado de las Naciones Unidas para los Refugiados (UNHCR), están dedicando buena parte de sus energías a investigar estos hechos. Las embajadas de algunos países europeos y americanos están ya al corriente de la situación, pero la intervención internacional se hace esperar. La mirada de las instituciones internacionales se posa sobre Egipto, como el estado al que compete la resolución del problema pero, el territorio en el que suceden estos hechos se encuentra de hecho bajo control de las tribus beduinas, donde las organizaciones criminales campan por sus fueros, al margen de la legalidad.

Sin embargo, los datos publicados recientemente por las distintas organizaciones comprometidas en la lucha contra el tráfico de seres humanos, revelan la existencia de una red internacional sofisticada y muy articulada. Cada vez se hace más claro que los campos de la tortura en el Sinaí son una cuestión internacional y que sólo una intervención global conseguirá cerrar definitivamente esta ruta de la muerte.

“La Península del Sinaí se ha convertido en una de las rutas principales para el tráfico de seres humanos desde África a los países occidentales”, afirmaba recientemente William Tall, director de UNHCR en Israel. “Aparte de las rutas bien conocidas de Marruecos a España, de Libia a Italia y de Turquía a Grecia, la ruta que conecta Sudán y Eritrea con Israel está cobrando una importancia cada vez mayor. Estos últimos meses hemos recibido numerosos testimonios que revelan hechos terribles, confirmando la tragedia que espera a quien osa embarcarse en estas “caravanas” que atraviesan el Sinaí”.

De la frontera llegan al campo de refugiados de UNHCR llamado Shagrab, desde donde se organizan para continuar su viaje hacia la ciudad de Kassala, principal punto de partida hacia Libia, Arabia Saudita y Egipto. Es aquí donde a menudo los reclutan los traficantes, generalmente eritreos como ellos, pidiendo inicialmente una suma de alrededor 2.500 dólares, a pagar normalmente en Sinaí, para ayudarles a cruzar hasta Israel.

Los traficantes entre Sudán y Egipto son a menudo beduinos de la tribu local Rashaida. La mayor parte del recorrido se hace en camiones de carga, donde se amontonan decenas de personas en el remolque, cubiertos con una lona y

obligados a guardar silencio absoluto cuando atraviesan zonas habitadas. Algunos cuentan cómo han tenido que “apilarse”, unos sobre otros, mientras la lona que los cubría se tensaba sobre sus cuerpos.

El viaje dura entre siete días y varias semanas. Los retrasos se deben a los tiempos de espera para evitar las patrullas policiales que controlan la frontera egipcia y a menudo los obliga a ocultarse en el desierto durante días. Las reservas de agua y alimentos duran solamente una semana, por tanto cada retraso tiene un precio, traducido en hambre y sed, que a veces se paga con la muerte. Hasta este punto, los refugiados son tratados con relativa humanidad, aunque muchos de ellos no sobreviven a las dificultades y mueren por el camino. Sus cuerpos son abandonados en el desierto, pasto de buitres e hienas.

La situación cambia una vez llegados al Sinaí, cuando la “carga” de los camiones se entrega, o se “vende”, a los traficantes encargados de atravesar la desértica Península hasta la frontera israelí. Inmediatamente los refugiados son encerrados en campos de detención y tortura, donde empieza una pesadilla, que a veces se prolonga varios meses. El emplazamiento de estos “campos del infierno” no se conoce exactamente, aunque los testimonios de los supervivientes los describen cada vez con mayor precisión. Según sus declaraciones, los campos se localizan en lugares relativamente altos y cercanos a una ciudad, quizás Al Arish. El pasado mes de abril 2012, el periódico egipcio Masri al-Youm publicó la detención de 50 traficantes, pertenecientes al clan del beduino de al-Manaba. Según policías egipcios, estos bandidos habrían convertido la aldea de Mahdia, en el centro de la Península, en su base de operaciones.

Según las evidencias más recientes, hay dos grandes campos donde se amontonan centenares de africanos, a menudo obligados a trabajar de noche en tareas de construcción. Los testimonios de los supervivientes describen con detalles varios recintos, algunos en forma de tiendas, otros como chabolas, y algunas barracas hechas de láminas de chapa.

En la mayoría de los casos, los refugiados son tratados menos duramente durante los primeros días de su cautiverio. El precio del rescate se alza ligeramente, hasta los 3.000 dólares, pero la mayor parte de ellos consiguen que sus familias recojan y manden esta suma. Los testimonios confirman la tendencia a trasladar los refugiados a otro campo, después de haber pagado la primera suma. Es el inicio de una operación complicada y perversa, con una escalada escalofriante de extorsiones y torturas. Es aquí donde se muestra la trama compleja y detallada



de la organización, con tentáculos y contactos internacionales en varios países. Aunque los refugiados tengan la impresión de haber sido revendidos a otros grupos de traficantes, en realidad parece ser que se trata de una única red de tipo mafioso, que controla y supervisa el lucrativo negocio.

En este proceso de compra-venta la situación de los refugiados cambia radicalmente. Los hombres son encadenados en grupos de tres a cinco personas, y permanecen atados la mayor parte del día. En esta fase, la suma exigida puede llegar a los 10.000 dólares. Es aquí cuando comienzan las torturas. Las mujeres sufren abusos sexuales prolongados e inenarrables. Se las lleva a chozas apartadas, con los ojos vendados y allí permanecen durante horas, o incluso días, durante los cuales se las viola repetidamente por individuos o grupos. A veces, se las lleva a estos “refugios” cada noche durante el tiempo que dure su reclusión. Muchos hombres confirman haber oído los gritos de súplica de las mujeres pidiendo ayuda durante toda la noche.

G. Llegó al campo de detención de Saharonim, en el lado israelí de la frontera, hace sólo unos días. Cuenta que los guardianes iban a las barracas todas las noches a elegir algunas mujeres con las que pasar el rato. Con un hilo de voz nos dice que, tras haber rechazado ir con los carceleros, la castigaron negándole la libertad después de haber pagado la suma exigida como rescate. Cuando sus compañeros de viaje finalmente fueron conducidos al territorio israelí y atravesaron la frontera, ella fue retenida y recluida en un edificio abandonado donde abusaron de ella durante catorce días. No la dejaron irse hasta que llegó un nuevo “cargamento” de mujeres, el próximo turno de “mercancía fresca”.

A los hombres se les somete a palizas regularmente con barras, cuerdas o armas. A menudo se les quema con cigarrillos, hierros al rojo o plástico. A veces se les aplican descargas eléctricas, conectando un cable de alta tensión a la cadena donde están atados. Algunos han denunciado todo tipo de humillaciones, como orinarles encima u obligarles a beber orina. A muchos se les mantiene durante horas en posiciones dolorosas, colgados de las muñecas o tobillos. Cuando los traficantes se dan cuenta de que la víctima no puede procurarse la suma exigida, se la elimina directamente.

Las víctimas permanecen recluidas durante días, incluso meses, en los campos de la tortura, sin agua ni comida, obligados a trabajar en la construcción de los campamentos, para compensar su “deuda” con los traficantes. En las aldeas de los contrabandistas, se aprecia un evidente crecimiento económico: ordenadores portátiles con conexión a Internet, GPS de última generación y chalés de lujo en medio del desierto.

Según los testimonios de los inmigrantes clandestinos que consiguen llegar a Israel, la mayor parte de los presos en los campos de tortura consiguen cruzar la frontera sólo después de haber pagado el rescate, cuyo importe aumenta cuantiosamente varias veces durante el proceso.

N., 19 años, todavía adolescente, llega a la Clínica Abierta de los Médicos por los Derechos Humanos en Tel Aviv con un embarazo avanzado. También ella ha compartido la suerte de cientos de mujeres en Sinaí. Llega pidiendo ayuda para abortar, pero según la legislación israelí, su embarazo está demasiado avanzado. Con poquísimas palabras, sin alzar ni una vez la mirada, repite mecánicamente que este niño no puede, no debe nacer, a costa de terminar con su propia vida. Los dos psiquiatras del centro confirman un estado grave de depresión y shock post-traumático con secuelas profundas. Recibe apoyo psicológico y se la remite a un centro de acogida para las mujeres protegidas. Después de unos días N. desaparece. Nadie hasta hoy ha dado noticias de su paradero.

Sólo durante el año 2011, la Clínica Abierta registró 154 mujeres en similares circunstancias. Sus testimonios son fragmentarios y vacilantes. Muchas prefieren guardar silencio. Alarmados por estas evidencias, los Médicos por los Derechos Humanos coordinaron un proyecto para recoger estos testimonios y documentar la tragedia humanitaria que está sucediendo en el desierto del Sinaí. Sr. Azezet Habtezhgi, Misionera Comboniana de nacionalidad Eritrea, recibe a todos los nuevos casos escuchando y recogiendo sus testimonios estremecedores.

“Después de los primeros meses de escucha nos resultó evidente que la situación humanitaria en la Península del Sinaí es extremadamente grave”, dice Ran Cohen, director ejecutivo de los Médicos por los Derechos Humanos-Israel. “Queremos denunciar este problema a nivel internacional y exigir la participación de la comunidad internacional en la Península del Sinaí. Al mismo tiempo, seguimos luchando para que el estado de Israel conceda a estos inmigrantes, que solicitan asilo, el estatus de refugiados, como sucede en otros países”.

Uno de los principales problemas que debe afrontar quien pide asilo en Israel es la práctica imposibilidad de obtener el estatus de refugiado. La definición de “víctimas de la trata de seres humanos” es muy restrictiva. “Las víctimas del Sinaí pueden haber sufrido las torturas más graves y traumáticas, sin cumplir los requisitos para entrar en la definición de “reducido a la esclavitud”, precisa Sharon Harel, de Alto Comisariado de las Naciones Unidas para los Refugiados (UNHCR).

Esto hace doblemente urgente documentar la existencia de los campos de tortura. La confirmación oficial de la trata de seres humanos convertiría en ilegal la práctica israelí conocida como “retorno en caliente”, es decir, devolver a los refugiados al desierto en el lado egipcio de la frontera, sin preguntar su procedencia y sin determinar su situación humanitaria... ¡basta imaginar lo que significa forzar a una de estas mujeres a deshacer lo andado y volver a caer en las garras de quien la ha violado durante meses!

¡AZIZA!

Entre la comunidad de refugiados en Israel hay un “pasa palabra”, casi una contraseña, que desde hace meses circula de boca en boca; un contacto que se encuentra en todos los celulares: AZIZA.

Sr. Azezet Habtezghi, conocida por todos como Aziza, es una misionera Comboniana de nacionalidad Eritrea. Por su formación como enfermera y su conocimiento de las lenguas locales eritreas, etíope y sudanesa, los Médicos por los Derechos Humanos le han confiado el proyecto de la investigación sobre la trata de seres humanos en la península del Sinaí. El proyecto se coordina desde la Clínica Abierta de los Médicos por los Derechos Humanos en Tel Aviv, punto de referencia para inmigrantes, trabajadores y clandestinos.

De este observatorio privilegiado, se ha observado con preocupación multiplicarse los casos de pacientes con cicatrices terribles, atribuidas a las torturas sufridas durante el paso por Sinaí. La sospecha de una nueva emergencia humanitaria ha llevado a esta organización de doctores israelíes a emprender un proyecto de investigación y documentación de los hechos, a través de un cuestionario y una entrevista a todos los nuevos casos llegados a la clínica. Escuchando sus historias, Sr. Azezet ha aprendido a reconocer los paisajes y los secretos que el Sinaí oculta. Los testimonios de las víctimas coinciden asombrosamente con la descripción de los campos de tortura; el paso de mano a mano, de banda a banda; en una espiral de brutalidad y violencia, aumentando cada vuelta de tuerca la cifra del rescate, única llave que les permita cruzar las fronteras hacia la libertad...

En Sr. Azezet todos y cada uno encuentran escucha, empatía y una sonrisa franca y amplia, que se nubla solamente frente a historias que hacen temblar incluso su experimentada humanidad, templada en las guerras de Eritrea, Etiopía y Sudán. Su afabilidad y profesionalidad le han ganado un puesto de credibilidad y respeto, tanto entre el personal de la clínica como entre los pacientes. Al final del día, Sr. Azezet vuelve a su comunidad entre las misioneras combonianas de Betania con el corazón lleno de nombres y rostros, historias que a veces preferiría no haber escuchado jamás... rostros e historias que pueblan su vida y su oración, convirtiéndose en grito en nombre de aquellos que le confían los episodios más dolorosos de sus vidas. Su compromiso con las víctimas del Sinaí se ha visto recompensado el pasado mes de junio con el **Reconocimiento del Departamento de Estado**



de los Estados Unidos de América como Héroe contra la Trata, recibido de manos de la Secretaria de Estado, Hillary Clinton.

“Me siento movida en lo más íntimo por la súplica de algunos de estos refugiados. La mayor parte de ellos no quieren hablar de lo que han vivido. Tienen otros problemas mucho más urgentes por resolver como para abrir su corazón y sus heridas. Su principal preocupación es encontrar trabajo y ahorrar algo de dinero para enviar a sus familias, endeudadas y condenadas a la miseria por pagar su rescate y liberarlos de las manos de los traficantes. La nueva legislación israelí, que niega el derecho al trabajo a los refugiados, no hace más que complicar su ya de por sí precaria situación.

Sin embargo, algunos son conscientes de la importancia de denunciar, para evitar que otros sufran la misma suerte y sobre todo, para convencer a los jóvenes en sus países de origen, para que no emprendan un recorrido que lleva directamente al infierno.

El sufrimiento de las mujeres me trastorna especialmente. Algunas de ellas me describen su “peregrinar” de unos servicios sociales a otros, mientras cada organización les pide que describan de nuevo las violencias y abusos sufridos durante su cautiverio. En mi corazón resuena profundamente su protesta: ¿hasta cuando debo hurgar en mi herida, sin obtener respuestas, mientras todos contemplan mi dolor y mi vergüenza?

Cuando siento que el cansancio o el desaliento me vencen, su súplica me hace retomar fuerzas.

Yo también nací en África. Mi vocación misionera me ha llevado por los caminos de Etiopía y Sudán, en tiempos de persecución y guerra. Puedo decir que, en mi larga experiencia, jamás he conocido torturas y violencias como las que escucho diariamente sobre el infierno del Sinaí. Me horroriza pensar cómo un ser humano pueda infligir tanto dolor a otro, pensar como el ser humano puede usar una crueldad tan brutal. A veces preferiría no dar crédito a los testimonios escalofriantes que escucho y que me trastornan interiormente. Sin embargo, estas personas nos confían sus heridas, ponen su vida y su esperanza en nuestras manos. Han decidido interrumpir su silencio, lleno de dignidad, para pedirnos dar voz a su grito. ¡Ahora que sabemos, no podemos callar!”.